

RADIANTE GUÍA

Martha Robles

*Ánimo de otoño
y su olor
amarillo desbordado*

Remecidos por el oleaje de los días, sumaban veinte o más las rotaciones de la Luna. Sol sediento en mar de arena, pesaba el tiempo en las jorobas y apenas se apresaba un instante entre los dedos. En círculos de mediodías quemantes y oscuras brechas deslumbradas por los astros se templaba en el desierto una voluntad de piedra. Era de luz la esperanza que borraba la honda servidumbre de sus cuerpos y penumbroso el vértigo de la espiral huidiza de su tierra prometida.

Metálico rumor de sacrificio en las horas lúgubres del polvo. Sangre a la deriva. Húmeda oración enrojecida, veloz cursaba el nombre ardiente, igual que el trueno en pozo hondo. Adoración desesperada. Visión nocturna de patria vislumbrada. Dorado pueblo enceguecido, su palabra serpenteaba en el río invisible del clamor desnudo.

Noche suspendida en el alto paisaje de sus manos,
 en la sombra agitada de sus dedos
 Dedos abiertos como ojos
 Dedos tendidos hacia el cielo
 Dedos temblorosos
 perfilados por la Luna
 suplicaban
 en la oquedad brumosa de sus gritos

Manos de secreta fuerza, endurecidas por astros repetidos, por el Sol que muerde y paraliza. Sol alucinante, puñal y resplandor clavado en la pupila, raíz del fuego y del silencio pleno. Sol tendido en el dibujo exacto de la brisa. Círculo voraz del infinito e infatigable aliado en su naufragio de cenizas.

Lúcida

Luz

Alucinante

Aun la aurora se asentaba allí como a deshora, como despertar perdido en la inmensidad del horizonte. Intenso rosa en lívida quietud; albo amanecer. Tiempo intacto en los límites del viento, hasta la arena en el océano de aridez y azul techumbre se coloreaba con los goces de su palpar celeste.

un instante

Hora de oraciones y de nombres. Voz en vuelo que crece y se derrama. Canto deslumbrado, ensimismado, suspendido en la cadencia del espacio. Despierta blanca la palabra en el surtidor rutilante de las horas.

Asciende la cumbre en llamas
revestido de nube

Flama en caracol humeante
comulga su sed con las estrellas

Como un relámpago anunciaba el cielo su diálogo con Dios. En semejanza de fuego, encima del Sinaí, avivaba la Voz su visión ardiente y se iluminaba Moisés. Ardían allí las palabras, ardía la roca sagrada y quemaba el desierto cuando se manifestaba Yahveh.

En niebla purísima se ocultaba Moisés para recibir las leyes de Dios. Distante del campamento, lavado de manos y pies, caminaba sobre la arena imbuido de lucidez. Sombra de luz la suya, tendida como sal en espuma, avanzaba como una luna en caída de rayos rojos.

Enmascarado de nube, disfrazado de opacidad, se iba el Profeta al monte a auscultar su pozo de soledad. Honda soledad encendida. Hoguera en la raíz despoblada. Ascua profunda sobre la vastedad reseca, ninguna brisa ventilaba el sopor ni ave ninguna auguraba el conjuro del fuego devorador.

Alba espiritual
remota y triste

Caía en la inmensidad
de una luz en ristre

Otra era la Voz, otro el silencio, otras las palabras en el santuario de Dios. Caracola besada por el desierto, resonaba enrarecida su advertencia como resueñan los nubarrones al filo de los relámpagos.

Te pondrás en la hendidura de una roca
Te cubriré con mi mano mientras paso
Me verás las espaldas, pero mi faz no la verás
Porque se desvanece para siempre el que me ve

Arrobado en la contemplación de la luz, radiante su piel desnuda, ardía de gloria el Profeta bajo un horizonte púrpura. Crecía decrecía la columna de humo o se espesaba la nube para encubrir el misterio. Paraíso de placer y dolor porque, con todo y su claridad, no miraba su potestad estando Moisés con Dios o se pasmaba al hablar en la cima con él.

Presas de incertidumbre, respiraban las tribus entre las dunas un aire como vacío, como tenebroso y mecido por voces alucinantes.

Nube adentro, el esplendor; cielo afuera, el arenoso espejo del tedio. Pueblo de oscuros mitos, de costumbres encadenadas al miedo, oraban unos junto a las

tiendas, discurrían otras adoraciones proscritas y con fábulas soportaban la espera.

Horizonte de fuego
una aurora:
Vida al vuelo

Espasmo de hielo al rojo, siniestra emoción furtiva. Congelaba la desnudez del hechizo, hería la verdad sagrada. Y es que el Sol, la arena y el mundo; las pasiones y la rotación de la Luna estaban fundidos a la transparencia divina para suspender la belleza en la cima.

Fulgor indescifrable entre los dos, el tiempo se colgaba del fuego y en la aurora quedaban a solas el Hombre y Dios.

Silencio
Cada vez más silencio
cada vez mas hondura y temblor

Isla de Dios en días de ayuno. Lo terrible y lo sublime se juntaban en el trazo de la escritura. Sílabas de luz, lenguaje cavado al Sol, los nombres quemaban como el sabor de la sal.

Sobre la piedra, los mandamientos de Dios. Relámpago bebido, su cara era de lumbre. Bicornio de fuego, alboreaba Moisés con refulgencia de estrella.

Peor que hoguera inflamaba su faz y más que la arena deslumbraba su resplandor. Y es que sus cuernos eran espirales hacia Yahveh, lámparas guía y columnas del tiempo en la desolación del desierto.

Lámpara tu palabra,
Luz tu sendero...

Velado para su pueblo, desvelado ante Dios, reflejaba el Profeta las estaciones de Luz. Espejo de la palabra, vibraba su voz. Iba descalzo, señalando a Israel...

¡Qué ancha se miraba la sequedad!
¡Qué largo el eco traído del Sinaí!